

# RECUPERAR LA INICIATIVA ECONÓMICA DE LOS JÓVENES

**Sebastián Reyna Fernández (2009) El Economista, 19 de Enero**

Aunque estemos insertos en una crisis económica internacional, todavía impredecible en cuanto a su duración y profundidad, sin embargo es ya hora de echar la vista atrás y comenzar a analizar algunas de sus causas últimas, o al menos estudiar en el presente y para el futuro algunas actuaciones que hubiesen ayudado a amortiguar parte de sus consecuencias o a haberla prevenido. Cuando lleguemos al suelo razonable de la destrucción económica será adecuado razonar las fórmulas de recuperación y entre otras aquellas que no supimos aprovechar en la etapa de bonanza.

Una de ellas es, sin duda, el aprovechamiento de la capacidad emprendedora de los más jóvenes. Mientras en los años sesenta y comienzos de los setenta se educaba en las escuelas a los jóvenes en la cultura de llegar a ser buenos funcionarios del Estado, en los ochenta y noventa hemos centrado nuestros esfuerzos en decorar la cabeza de nuestras más jóvenes generaciones en las facilidades del libre mercado, la carrera rápida hacia los negocios fáciles por cuenta de terceros o las posibilidades que nos ofrecían multinacionales financieras que hoy han demostrado sus pocos cimientos. Hemos pasado de una cultura conservadora, con papá Estado como referencia, a la economía fácil, de casino, especulativa y competitiva en el peor de sus términos, pero nunca hemos profundizado en la real capacidad emprendedora de nuestra juventud. El estudio del caso en las escuelas económicas ha dejado de ser la empresa para pasar a ser el negocio.

Situaciones excepcionales exigen respuestas especiales. En el contexto de esta crisis no podemos dudar demasiado y tenemos que afrontar con carácter de urgencia soluciones drásticas, una de ellas sería la de abordar de manera decidida una política de fomento de la capacidad de iniciativa empresarial de los jóvenes que aportara nuevos valores empresariales. Política que pasa por educar en el aprendizaje del emprendimiento, promover las iniciativas reales y ofrecer ayudas directas a los jóvenes que ya han decidido comenzar una actividad por cuenta propia. Si de esta crisis nace un nuevo tipo de empresario, démosla por buena a pesar de los sacrificios.

Fomentar el espíritu emprendedor significa expandir a todos los niveles la asunción de riesgos con sensatez y la puesta en positivo del emprendimiento en sí mismo. Las actuaciones deben entenderse insertas en el propio proceso de socialización, debiéndose actuar por tanto desde las primeras etapas de la educación y continuar de una manera sostenida a lo largo de todas las fases de capacitación y formación. Tenemos que abordar un cambio radical de nuestra cultura colectiva en todo lo relacionado con el acceso al mercado de trabajo que ya nunca será igual a como lo hemos conocido en estos últimos años.

Pero enseñar no es suficiente sino sabemos continuar con el acompañamiento y la asistencia. Con excepciones muy honrosas, los centros de desarrollo empresarial, así como las denominadas incubadoras o viveros empresariales, son tan solo experiencias singulares con muy poca expansión. Sólo a través de programas ambiciosos que permitan hacer colectiva la iniciativa individual afrontaremos con éxito la tan repetida voluntad de cambiar el modelo de crecimiento en nuestro país.

Ante todo parece conveniente tener en cuenta que emprender sin los recursos económicos, financieros y tecnológicos adecuados es simplemente imposible. Creer que una nueva generación de jóvenes, que escasamente puede afrontar el pago de un alquiler o el primer plazo para el acceso a una vivienda, vaya a hacer uso de sus escasos recursos en formar una empresa es al menos utópico. Cuando el sistema financiero internacional asume el nuevo papel intervencionista del Estado casi sin limitaciones, ¿cómo podremos encontrar un objetivo más beneficioso que inyectar recursos en las jóvenes generaciones empresariales?

En España, en los dos últimos años, una medida casi desconocida, como ha sido la reducción de la cuota de Seguridad Social para los jóvenes menores de treinta años que ejercieran una actividad por cuenta propia, ha propiciado la puesta en marcha de más de 250.000 empleos autónomos, que continúan su actividad veinticuatro meses más tarde y son germen de futuras empresas. ¿Hasta donde llegaríamos si se hiciesen realidad las insistentemente reclamadas políticas de fomento empresarial?

Menor presión tributaria durante los tres primeros años de actividad, líneas de avales y garantías para proyectos viables, creación de redes empresariales, fomento de los microcréditos, puesta en disposición de alquileres de locales comerciales y oficinas, centros empresariales colectivos, etc... son medidas conocidas, siempre recogidas en los programas electorales, y nunca efectivamente desarrolladas.

Con un tejido empresarial joven la realidad económica de la España actual y su capacidad competitiva serían muy diferentes. ¿Nos ayudará la crisis al menos a aceptar nuestros propios errores de planificación?